Por eso ahora, cuando María ve á Jesucristo en nuestros corazones, no puede menos que completar la frase Divina del Padre celestial, diciéndonos: "Escuchadle." *Ipsum audite.*[1]

1 San Mateo, XVII, 5.

REFLEXIÓN XIX

LA VERDADERA FELICIDAD.

Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

Mi espíritu está trasportado de alegría en Dios, Salvador mio.

LUCAE. I, 47.

I

Si la felicidad estuviera tan cerca de nosotros, como los objetos en que creemos encontrarla, faltaría verdad en ese sombrío cuadro, que, trazado por la mano de la desgracia, nos presenta la humanidad sentada en la región del dolor. Porque nada es más constante, nada más universal, que ese conjunto indefinible de esfuerzos y de obstáculos, de ilusiones y desengaños, en que se agita y lucha sin cesar el corazón de los pueblos y de los individuos, cuando después de derramar lágrimas, exhalar suspiros, vencer distancias y desmayar de fatiga, ve que la felicidad, próxima ya á ser alcanzada, se esconde veloz y desdeñosa tras las altas murallas de ese misterioso templo, adonde

el poder puramente humano nunca se glorió de penetrar. ¡Qué triste es el prolongado espectáculo de todas las generaciones, revolviéndose en el hirviente abismo de sus deseos, cual víctimas infortunadas de esa desoladora sed, que el recuerdo de la felicidad viene á renovar en cada instante! Y sin embargo, ninguno de los hombres ha traido al mundo otro destino, ninguno lleva en su frente otros títulos, ninguno ha estado desprovisto de los medios de ser feliz, y no por un dia, sino con una felicidad perpetua, sobreabundante, infinita. La misma poderosa mano que grabó con caracteres de oro, y encendió con fuego inextinguible en nuestro pecho el ardiente anhelo de la felicidad, quiso levantar el velo que la cubría, quiso acercarnos á ella, quiso, en fin, ponerla con generosa bondad, en nuestras propias manos.

¡Ah! Los fastos del tiempo se han empeñado en rodear de los más preciosos recuerdos, aquel momento lleno de inefable consuelo, en que por primera vez, después de cuarenta siglos de llanto, los labios de la Hija ilustre de David, la Bienaventurada Virgen María, prorrumpieron en los cantos del gozo más puro y más justo que hubo jamás. Y era que el Supremo Autor de la vida estaba ya unido á la naturaleza humana para salvarla. Y era que el Rey del cielo, principio de nuestra dicha eterna, estaba ya sobre la tierra, para hacer, en medio de nosotros, hasta el fin de los siglos, nuestra felicidad temporal. *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*

Desde entonces, si la humanidad ha sido infeliz, debe imputarlo á sí misma. Antes que Jesucristo la honrase con su venida, ella se alejaba de la felicidad, cuantas veces apartaba sus ojos de este Redentor adorable, que había de traer algún dia á la tierra la suma total de los bienes; y después que se ha realizado esa obra magnífica del amor Divino, si existen todavía quienes giman bajo las sombras de la desgracia, es porque cierran voluntariamente los ojos á esa resplandeciente y consoladora luz, que, lejos de extinguirse en el Calvario, comenzó á brillar, y continúa brillando sobre nuestros altares, con más amorosos y dulces atractivos.

II

Era necesaria una triple acción en favor del hombre, después que éste se degradó á sí mismo por la rebelión de su voluntad á la de Dios: curar en él la herida abierta por el pecado, vigorizar su espíritu en los caminos del bien, y conducir como por la mano sus aspiraciones al destino primitivo que les había sido marcado. Y esa triple acción se ha ejercido por la singular munificencia del Señor, quien, rico de amor y compasión, ha visitado y salvado á su pueblo, le ha impreso una fuerza, tan suave como irresistible, que pueda oponer á los engaños de los falsos bienes: ha tomado bajo su dirección la marcha fogosa de los deseos del hombre, para impedir que de nuevo se precipiten en la

desgracia. Hé aquí los importantes, los amorosos oficios de nuestro Augusto Redentor Jesús, al vivir en medio de nosotros en la adorable Eucaristía.

III

Dormían aún los siglos á los pies del Eterno, cuando ya brillaban en el inmenso libro de los designios Divinos, las relaciones íntimas que debían unir con su Criador á los séres todavía envueltos en la nada. De éstos, una multitud sin número, enriquecida con la libertad, habría de saber alguna vez el grave peligro de desconocer el Sumo Bien.

Y después, millones de espíritus, rodeados de luz, radiantes de gloria, inundados de felicidad, sintieron en sí mismos tan horrible desgracia. ¡Adiós, morada celestial!... Sopló la ira del Omnipotente. ¡Perdición eterna! ¡Merecido castigo!

Y después, otra desgracia: la desgracia nuestra. Cuando alborozados los siglos se desenvolvían con pujanza para inaugurar su carrera, oyen de improviso el acento del dolor. "¡Desventurado! ¿Así desprecias á Dios....?" Salía del Paraíso, cubierto de maldición, vertiendo amargas lágrimas, el primero de los hombres.

Y siempre que el corazón aborrece la voluntad del cielo, ¡oh si no fuese tan desgraciado por aborrecerla tantas veces! no ve en torno suyo más que sombras, desventura, muerte. Al extraviarse su voluntad, el hombre aleja de sí á Dios con desprecio; Dios se aleja del hombre por castigo. Y la soledad más completa reina entonces en el alma. Quien era el único bien, es ya enemigo..... enemigo eterno, si, antes que la enseña del perdón, llega la espada de la muerte.

IV

¿Es aflictiva esta situación? Pues es mucho más consoladora la voz de Jesús, que muy de cerca nos llama, y desde el altar nos ofrece otorgarnos el perdón. Nuestra razón débil no puede alcanzar á entrever ese misterio profundo de justicia y de amor, cuyos velos cubren la incomprensible economía de Dios, que aleja de sí, y hunde en perdurable pena á los ángeles, que se mancharon con un solo crimen, al paso que perdona mil veces, y viene Él mismo desde el cielo á habitar sobre la tierra, y hasta que el tiempo acabe, entre los hombres, infelices reos de tantas abominaciones é infidelidades. Pero ya que nuestra inteligencia se abate bajo el peso de tanta bondad, ya que nuestro corazón es pobre para rendir el tributo de gratitud que corresponde á esta generosidad de nuestro Dios, á lo menos descansemos humildes y penetrados de gozo en su presencia: admiremos la misericordia con que nos ha salvado de la muerte, y la dulzura con que sana, cuantas veces se lo pedimos, las heridas que el pecado abre en nuestro corazón.

La fe nos dice que el Verbo Eterno descendió

del cielo por nosotros y por nuestra salud. Mas es preciso confesarlo. El conocimiento de esta verdad es, en cierto modo, si es permitido explicarnos así, diverso del que adquirimos acerca de otras verdades, en las que descansamos sólo porque sabemos haber sido reveladas por la palabra infalible de Dios. El conocimiento de esta verdad se apoya, además, en los irrefragables testimonios de la tradición, de la historia, y de los hechos mismos que presenciamos. La tradición, en su movimiento constante, trasmitiendo hasta nosotros los acontecimientos más lejanos, coloca nuestras miradas sobre aquellos dias en que Jesucristo se dejó ver bajo las apariencias de un reo, que toma sobre sus hombros los crímenes cometidos por la humanidad entera, únicamente para salvarla. La historia, en caracteres de una autenticidad más clara que el dia, conserva frescos los hermosos pasajes de la vida mortal de Jesús: esos pasajes sobre cuya galería no se pueden escribir otras palabras que éstas: "*pasó, haciendo bien.*"[1] No parece sino que, por entre las sagradas páginas del Evangelio, se presentan los muertos resucitados, los enfermos curados, los sordos, los mudos, los ciegos, cuyo oído, cuya voz, cuya vista fué restituida por el Salvador del mundo. Y si de los beneficios que milagrosamente dispensó en el orden natural, pasamos á los del sobrenatural, ¿qué pincel trasladaría jamás las tiernas escenas de Jesucristo, que instruye junto al pozo de Samaria á una mujer ignorante,

1 Hechos apostólicos, X, 38.

que perdona á otra acusada de un crimen, que recibe complacido las lágrimas y los obsequios de la fervorosa Magdalena?[1]

V

¿Y qué manifiestan los hechos que pasan por nuestros mismos ojos? ¿No es verdad que ellos publican lo que asegura San Pablo, que Jesucristo es el mismo siempre?[2] ¿Quién hasta ahora, á no ser insensato, ha podido negar que las acciones de Jesucristo en su vida eucarística, respiran sin cesar el mismo amor, el mismo deseo y la misma solicitud por la felicidad del género humano?.... ¡Ah! Si existe algún corazón que no se conmueva al contemplar á Jesucristo que se ofrece todos los dias en calidad de víctima inmaculada de propiciación y de paz, para desarmar el brazo de la Justicia Divina, y atraer sobre los pueblos una lluvia de bendiciones: si existe algún corazón que en nada estime la proximidad de Jesucristo, que reside junto á nuestros mismos hogares, dispuesto á escucharnos de dia y de noche: si existe algún corazón que no se haya acercado á gustar la exquisita dulzura de ese convite magnífico, donde se come el Pan de los ángeles y se bebe el Vino de las vírgenes: si existe, en fin, algún corazón tan desgraciado, que no sólo se sustraiga de la acción bienhe-

1 San Juan, IV, 10.—Id. VIII, 7.—San Lucas, VII, 47.
2 A los Hebreos, XIII, 8.